RETRATO DE UNA BELLEZA

(POESÍA BURLESCA, IMITADA DE JACINTO POLO)

EL pintar de Lizarda la belleza
En que á sí se excedió naturaleza,
Con un estilo llano,
Se me viene á la pluma y á la mano.
Y cierto que es locura
El querer retratar yo su hermosura,
Sin haber en mi vida dibujado,
Ni saber qué es azul ó colorado,
Qué es regla, qué es pincel, oscuro ó claro,
Aparejo, retoque ni reparo.
¡El diablo me ha metido en ser pintora!
Dejémoslo, mi Musa, por ahora
Á quien sepa el oficio....
¡Mas esta tentación me quita el juicio!
Y sin dejarme pizca,
Ya no sólo me tienta, me pellizca,

Me casca, me hormiguea,
Me punza, me rempuja, me aporrea.
Y tengo de pintar dé donde diere,
Salga como saliere;
Aunque saque un retrato
Tal, que después le ponga: *aqueste es gato.*
Pues no soy la primera
Que con hurtos de sol y primavera
Echo, con mil primores,
Una mujer en infusión de flores;
Y después que muy bien alambicada
Resulta una belleza destilada,
Cuando el hervor se entibia,
Si rosa la creyeron, sale endibia.
Mas no pienso robar yo sus colores:
Descansen por aquesta vez las flores;
Que no quiere mi Musa ni se mete
En hacer su hermosura ramillete,
Mas ¿con qué he de pintar si ya la vena
No se tiene por buena,
Si no forma, hortelana en sus colores,
Un gran cuadro de flores?
¡Oh siglo desdichado y desvalido,
En que todo lo hallamos ya servido!
Pues que no hay voz, equívoco ni frase
Que por común no pase,
Y digan los censores:
"¿Eso? ya lo pensaron los mayores."
¡Dichosos los antiguos que tuvieron
Paño de qué cortar, y así vistieron

Sus conceptos de albores,
De luces, de reflejos y de flores!
Que entonces era el sol nuevo y flamante,
Y andaba tan valido lo brillante,
Que el decir que el cabello era un tesoro,
Valía otro tanto oro;
Y las estrellas con sus rayos rojos
Que aun no estaban cansadas de ser ojos,
Cuando eran celebradas,
¡Oh dulces luces por mi mal halladas,
Dulces y alegres cuando Dios quería,
Ya no las puede usar la Musa mía
Sin que diga severo algún letrado
Que Garcilaso está muy maltratado
Y en lugar indecente!
Mas si no es á su Musa competente
Y le ha de dar enojo semejante,
Quite aquellos dos versos, y ¡adelante!
Digo, pues, que el coral, entre los sabios,
Se andaba con la grana aun en los labios,
Y las perlas de nítidos orientes
Andaban enseñándose á ser dientes,
Y alegaba la concha, no muy loca,
Que si ellas dientes son, ella es la boca;
Desde entonces, no hay duda,
Empezó la belleza á ser conchuda.
Pues ¿las piedras? ¡ay Dios! ¡y qué riqueza!
Era una platería una belleza,
Que llevaba por dote en sus facciones
Mas de treinta millones.

Eso sí era hacer versos descansado,
Y no en aqueste siglo desdichado
Y de tal desventura,
Que está ya tan cansada la hermosura
De verse en los planteles
De azucenas, de rosas y claveles,
Ya del tiempo marchitos,
Recogiendo humedades y mosquitos,
Que con enfado extraño
Quisiera más un saco de hermitaño.
Y así andan los poetas desvalidos
Achicando antiguallas de vestidos,
Y talvez sin mancilla
Lo que es jubón ajustan á ropilla,
O hacen de unos centones
De remiendos diversos los calzones,
Y nos quieren vender por extremada
Una belleza rota y remendada.
Pues ¿qué es ver las metáforas cansadas
En que han dado las Musas alcanzadas?
No hay ciencia, arte ni oficio
Que con extraño vicio
Los poetas, con vana sutileza,
No anden acomodando á la belleza,
Y pensando que pintan de los cielos,
Hacen unos retablos de sus duelos.
Pero diránme ahora
Que ¿quién á mí me mete á ser censora?
Pues de lo que no entiendo es grave exceso;
Pero yo les respondo, que por eso:

Pues siempre el que censura y contradice,
Es quien menos entiende lo que dice.
Mas si alguno se irrita,
Murmúreme también; ¿quién se lo quita?
No haya miedo que en eso me fatigue,
Ni que á ninguno obligue
A que encargue su alma:
Téngasela en su palma
Y haga lo que quisiere,
Pues su sudor le cuesta al que leyere;
Y si ha de disgustarse con leello,
Vénguese del trabajo con mordello,
Y allí me las den todas,
Pues yo no me he de hallar en esas bodas.
Miren, esto de bodas es constante
Que lo dije por sólo el consonante;
Si alguno halla otra voz que más expresa,
Yo le doy mi poder, y quíteme esa.
Mas volviendo á mi arenga comenzada,
Válgame por Lizarda retratada,
Y ¡qué difícil eres!
No es mala propiedad de las mujeres.
Mas ya lo prometí, cumplirlo es fuerza,
Aunque las manos tuerza:
A acabarlo me obligo,
Pues tomo bien la pluma, y Dios conmigo.
¡Vaya, pues, de retrato!
Denme un Dios que socorra de barato.
¡Ay! con toda la trampa,
Que una Musa de *la ampa*,

A quien ayuda tan propicio Apolo,
¡Se haya rozado con Jacinto Polo
En aquel conceptillo desdichado!
¡Y pensarán que es robo muy pensado!
Es, pues, Lizarda... es pues... ¡Ay Dios, qué aprie
No sé quién es Lizarda, les prometo; (to!)
Que mi atención sencilla
Pintarla prometió, no definilla.
Digo, pues... ¡oh qué *pueses* tan soeces!
¿Todo el papel he de llenar de *pueses?*
¡Jesús! ¡qué mal empiezo!....
Principio iba á decir, ya lo confieso,
Y acordéme al instante
Que *principio* no tiene consonante.
Perdonen, que esta mengua
Es porque no me ayuda bien la lengua.
¡Jesús! y ¡qué cansados
Estarán de esperar desesperados
Los tales mis oyentes!
Mas si esperar no gustan, impacientes,
Y juzgaren que es largo y que es pesado,
Vayan con Dios, que ya esto se ha acabado;
Pues quedándome sola y retirada
Mi borrador haré más descansada.
Por el cabello empiezo, esténse quedos,
Que hay aquí que pintar muchos enredos;
No hallo comparación que bien le cuadre;
¡Que para poco me dió á luz mi madre!
¿Rayos de sol? Ya aqueso se ha pasado;
La pragmática nueva lo ha quitado.

¿Cuerdas de arco de amor en dulce trance?
Eso es llamarlo cerda en buen romance.
¡Qué linda cosa fuera
El tomar la ocasión por la mollera!
Pero aquesta ocasión ya se ha pasado,
Y calva está de haberla repelado.
Y así en su calva lisa
La cabellera irá también postiza,
Y el que llegue á cogella
Se queda con el pelo y no con ella;
Y, en fin, después de tanto dar en ello,
¿Qué tenemos, mi Musa, de cabello?
El de Absalón viniera aquí nacido,
Por tener mi discurso suspendido;
Mas no quiero meterme yo en honduras
Mostrándome entendida en Escrituras.
En ser cabello de Lizarda quede,
Que es lo que más encarecerse puede,
Y bájese á la frente mi reparo:
¡Gracias á Dios que salgo hacia lo claro!
Que me pude perder en la espesura
Si no saliera por la comisura.
Tendrá, pues, la tal frente
Una caballería largamente,
Según está de limpia y despejada;
Y si temen por esto verla arada,
Pierdan este recelo,
Que estas caballerías son del cielo.
¿Qué apostamos que ahora piensan todos
Que he perdido los modos

Del estilo burlesco,
Pues que ya por los cielos me encarezco?
Pues no fué éste mi intento,
Que yo no me acordé del firmamento,
Porque mi estilo llano
Se tiene acá otros cielos más á mano;
Que á ninguna belleza se le veda
El que tener dos cielos juntos pueda;
Y ¿cómo? Uno en la boca, otro en la frente.
¡Por Dios, que lo he enmendado lindamente!
Las cejas son agora, ¿diré arcos?
No, que su consonante es luégo zarcos,
Y si yo pinto zarca su hermosura,
Dará Lizarda al diablo la pintura,
Y me dirá que sólo algún demonio
Levantara tan falso testimonio.
Pues yo lo he de decir, y en esto ahora
Conozco que devéras soy pintora,
Que mentir de un retrato en los primores
Es el último examen de pintores.
En fin, ya con ser arcos se han salido;
Pero, ¿piensan que son los de Cupido?
¿O que son paz del día?
Pues no son sino de una cañería
Por donde encaña el agua á sus enojos,
Por más señas, que tiene allí dos ojos.
Esto ¿quién lo ha pensado?
¿Me dirán que esto es viejo y es trillado?
Mas ya que los nombré, fuerza es pintallos,
Aunque no tope verso en qué colgallos.

¡Nunca yo los mentara!
Que quizás al lector se le olvidara.
Empiezo á pintar, pues: nadie se ría
De ver que titubea mi Talía;
Que no es hacer buñuelos,
Pues tienen su pimienta los ojuelos,
Y no hallo en mi conciencia
Comparación que tenga conveniencia
Con tantos arreboles....
¡Jesús! ¡no estuve un tris de decir soles!
¡Qué grande barbarismo!
Apolo me defienda de sí mismo;
Que á los que son de luces sus pecados,
Los veo condenar de alucinados,
Y temerosa yo, viendo su enojo,
Trato de echar mis luces en remojo.
Tentación solariega en mí es extraña....
Que se vaya á tentar á la montaña.
En fin, yo no hallo símil competente
Por más que doy palmadas en mi frente,
Y las uñas me como.
¿Dónde el *viste* estará y el *así como*,
Que siempre tan activos
Se andan á principiar comparativos?
Mas ¡ay! que donde *vistes* hubo antaño,
No hay *así como* ogaño;
Pues váyanse sin ellos muy serenos,
Que no por eso dejan de ser buenos,
Ni de ser manantial de perfecciones,
Que no todo ha de ser comparaciones;

Y ojos de una beldad tan peregrina
Razón es ya que salgan de madrina,
Pues á sus niñas fuera hacer ultraje
Quererlas tener siempre en pupilaje.
En fin, nada les cuadra, que es locura
Al círculo buscar la cuadratura.
Síguese la nariz, y es tan seguida
Que ya quedó con esto definida;
Y nariz torticera tan tremenda
No hay geómetra alguno que la entienda.
Pásome á las mejillas;
Y aunque es su consonante maravillas,
No las quiero yo hacer predicadores
Que digan: Aprended de mí, á las flores.
Mas si he de confesarles mi pecado,
Algo el carmín y grana me han tentado.
Mas agora ponérselos no quiero:
Si ella lo quiere, gaste su dinero;
Que es grande bobería
El quererla afeitar á costa mía.
Ellas, en fin, aunque parecen rosa,
Lo cierto es que son carne, y no otra cosa.
¡Válgame Dios! lo que se sigue ahora.
Haciéndome está cocos el aurora
Por ver si la comparo con su boca;
Y el oriente con perlas me provoca;
Pero no hay que admirarme,
Que ni una sed de oriente ha de costarme.
Es, en efecto, de color tan fina
Que parece bocado de cecina;

Y no he dicho muy mal, pues de salada
Dicen que se le ha puesto colorada.
Miren cómo sé hacer comparaciones
Muy propias en algunas ocasiones.
Y es que donde no piensa el que es más vivo,
Falta el comparativo;
Y si alguno dijere que es grosera
Una comparación de esta manera,
Respóndame la Musa más ufana,
¿Es mejor el gusano que la grana?
¿Ó el clavel, que si el gusto los apura,
Hará hechar las entrañas su amargura?
Con todo, númen mío,
Aquesto de la boca va muy frío:
Yo digo mi pecado,
Ya está el pincel cansado;
Pero, pues tengo ya frialdad tanta,
Gastemos esta nieve en la garganta,
Que la tiene tan blanca y tan helada,
Que le sale la voz garapiñada.
Mas por sus pasos, yendo á paso llano,
Se me vienen las manos á la mano.
Aquí habrá menester grande cuidado,
Pues ya toda la nieve se ha gastado,
Y para la blancura que atesora
No me ha quedado ni una cantimplora;
Y fué la causa de esto
Que, como iba sin sal, se gastó presto.
Mas puesto que pintarla solicito,
Por la Virgen, que esperen un tantito

Mientras la pluma tajo
Y me alivio un poquito del trabajo,
Y, por decir verdad, mientras suspensa
Mi imaginación piensa
Algún concepto que á sus manos venga.
¡Oh! ¡si Lizarda se llamara Menga!
¡Qué equívoco tan lindo me ocurría,
Que sólo por el nombre se me enfría!
Ello fuí desgraciada
En estar ya Lizarda bautizada.
Acabemos, que el tiempo nunca sobra:
A las manos, y manos á la obra.
Empiezo por la diestra,
Que aunque no es menos bella la siniestra,
A la pintura es llano
Que se le ha de asentar la primer mano.
Es, pues, blanca y hermosa con exceso,
Porque es de carne y hueso,
No de marfil ni plata, que es quimera
Y á una estatua servir sólo pudiera;
Y con esto, aunque es bella,
Sabe su dueño bien servirse de ella,
Y la estima bizarra,
Mas que no porque luce, porque agarra.
Pues no le queda en zaga la siniestra,
Porque aunque no es tan diestra,
Y es algo menos en la ligereza,
No tiene un dedo menos de belleza.
Aquí viene rodada
Una comparación acomodada:

Porque, no hay duda, es llano
Que es la una mano como la otra mano.
Y si alguno dijere que es friolera
El querer comparar de esta manera,
Respondo á su censura,
Que el tál no sabe lo que se murmura,
Pues pudiera muy bien naturaleza
Haber sacado manca esta belleza;
Que yo he visto bellezas muy ramplonas
Que, si mancas no son, son macarronas.
Ora falta á mi Musa la estrechura
De pintar la cintura.
En ella he de gastar poco capricho,
Pues con decirla breve, se está dicho;
Porque ella es tan delgada,
Que en una línea queda yá pintada.
El pie yo no lo he visto, y fuera engaño
Retratar el tamaño,
Ni mi Musa sus puntos considera,
Porque no es zapatera;
Pero según airoso el cuerpo mueve,
Debe el pie de ser breve,
Porque es, nadie ha ignorado,
El pie de arte mayor largo y pesado.
Y si en cuenta ha de entrar la vestidura,
Que ya es el traje parte en la hermosura,
El hasta aquí del garbo y de la gala
A la suya no iguala,
De fiesta ó de revuelta,
Porque está bien prendida, y más bien suelta.

Un adorno garboso y no afectado,
Que parece descuido y es cuidado:
Un aire con que arrastra la tal niña
Con aseado desprecio la basquiña,
En que se van pegando
Las almas entre el polvo que va hollando;
Un arrojar el pelo por un lado,
Como que la acongoja por copado;
Y al arrojar el pelo,
Descubrir un....Por poco digo cielo,
Quebrantando la ley; mas ¿qué importara
Que yo la quebrantara?
A nadie cause escándalo ni espanto,
Pues no es la ley de Dios la que quebranto;
Y con todo, si á ustedes les parece,
Será razón que ya el retrato cese,
Que no quiero cansarme,
Pues ni aun el coste de él han de pagarme.
Veinte años de cumplir en Mayo acaba.
Juana Inés de la Cruz la retrataba.

LA CIENCIA INÚTIL.

FINJAMOS que soy feliz,
Triste pensamiento, un rato;
Quizá podréis persuadirme,
Aunque yo sé lo contrario.

Que, pues sólo en la aprensión
Dicen que estriban los daños,
Si os imagináis dichoso,
No seréis tan desdichado.

Sírvame el entendimiento
Alguna vez de descanso,
Y no siempre esté el ingenio
Con el provecho encontrado.

Todo el mundo es opiniones
Y pareceres tan varios,
Que lo que los unos negro,
Los otros prueban que es blanco.